

## LAS TEORIAS DE LA CONSPIRACION

### De cómo los medios de comunicación dan sentido a la historia del presente

Pablo Francescutti  
Profesor de la Universidad Rey Juan Carlos (Madrid)  
Grupo de Estudios de Sociosemiótica de la Cultura (GESC)  
C/Fernando Poo, 14, 8º A, Madrid 28045  
Correo electrónico: luispablo.francescutti@ujrc.es

Esta ponencia versa de las “teorías de la conspiración”: concepciones que atribuyen a un pequeño grupo, actuando ilegalmente y en secreto, la capacidad de dirigir a su antojo el curso de la historia. En particular, quiero centrarme en su naturaleza de discurso histórico *sui generis* y su relación con la temporalidad periodística, tal como hemos observado en el proyecto de Investigación “La construcción del acontecimiento. El discurso ‘histórico’ de la prensa española frente a los atentados del 11-M”, dirigido por el catedrático Jorge Lozano de la Universidad Complutense de Madrid.

En España tales discursos gozan de gran actualidad. El debate mediático se halla dominado por una teoría conspirativa acerca de los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid. En noviembre de 2007, una sentencia judicial imputó su autoría a una célula de terroristas islámicos, la mayoría de ellos identificados y detenidos. A esta “verdad oficial” se le opone una versión que atribuye la matanza a una confabulación de la organización terrorista ETA con los servicios secretos marroquíes, las fuerzas de seguridad españolas, el Partido Socialista Obrero Español y el espionaje francés. Y no se trata de un infundio propagado por Internet; detrás del extremo se encuentran la cadena radiofónica de la Iglesia española (COPE), el segundo periódico en número de tirada (El Mundo) y un ala del principal partido de la oposición (Partido Popular)<sup>1</sup>.

La rocambolesca versión atribuye a los conspiradores móviles diversos: los marroquíes, el deseo de vengar la humillación sufrida en el islote del Perejil a manos del Gobierno de José María Aznar; los franceses, perjudicar a España (como siempre); los socialistas y sus cómplices en la policía, ganar las elecciones; y ETA, llevar al Gobierno a José Luis Rodríguez Zapatero, contando con que el líder del PSOE haría grandes concesiones a la causa del independentismo vasco. Añade la teoría que la madre de todas las conjuras no hubiera salido airosa sin la injerencia decisiva del grupo Prisa –

---

<sup>1</sup> Un buen compendio de esas versiones lo encontramos en una página de Wikipedia:  
[http://es.wikipedia.org/wiki/Teor%C3%ADas\\_de\\_la\\_conspiraci%C3%B3n\\_del\\_11M](http://es.wikipedia.org/wiki/Teor%C3%ADas_de_la_conspiraci%C3%B3n_del_11M)

propietario del periódico El País y la cadena de radio SER-, que *intoxicó* a las masas con la supuesta autoría de Bin Laden y la presunta manipulación informativa del Gobierno de Aznar, que de buena fe seguía insistiendo en la culpabilidad de ETA.

Estas interpretaciones de los hechos me parecen dignas de estudio porque ponen sobre el tapete un aspecto poco estudiado de la comunicación de masas: el papel de los medios como historiadores del presente. Con sus férreas causalidades y su cierre narrativo total, las teorías conspirativas pueden ayudarnos a identificar las operaciones discursivas mediante las cuales los periodistas infunden sentido al acontecimiento.

### **Antecedentes históricos**

Antes de abordar las teorías conspirativas mediáticas me remontaré brevemente a sus antecedentes históricos. De retrotraernos en el tiempo, reconoceremos algunos de sus rasgos en la conspiración de los hechiceros y el Príncipe de las Tinieblas, ventilada en los procesos de brujería del siglo XVI (comparativamente, la teoría de la conspiración moderna sería una demonología secularizada). Si avanzamos al siglo XVII, encontraremos una teoría de signo opuesto que adjudicaba a los jesuitas toda clase de perversidades (esa mala fama la ha heredado actualmente el Opus Dei, al que se atribuye un poder inmenso, tal como recoge la novela **El Código Da Vinci**).

Será en el siglo XIX cuando las teorías conspirativas adquieran carta de ciudadanía. Paolo Fabbri ha llamado la atención sobre el hecho de que sea en el seno del Iluminismo donde florezcan las sociedades ocultas, las prácticas esotéricas y las escrituras secretas (cit. en Francescutti, 2007). El lado oscuro de la Ilustración propicia el surgimiento, entre los católicos, de la teoría de la conspiración masónica responsable de la Revolución Francesa y de la subsiguiente oleada descristianizadora. En los años sucesivos, dichas teorías surgirán en uno y otro extremo del arco ideológico. En Estados Unidos, los protestantes alertan hacia 1830 de un complot católico encaminado a conquistar el país para el Vaticano. Y en las postrimerías del siglo XIX aparecerán los Protocolos de los Sabios de Sión, un texto apócrifo fraguado por la policía de la Rusia zarista sobre un plan judío de conquista del mundo: con este opúsculo la conspiración extiende sus tentáculos por encima de las fronteras y cobra una dimensión global.

En el siglo XX, el discurso sobre las conspiraciones experimenta otra metaformosis, especialmente en Estados Unidos. Inicialmente, sus enunciadores pretendían defender al país de un asalto externo; ahora parten de que éste ha caído en poder de los conspiradores y hay que rescatarlo de sus garras (así rezaba la denuncia

macartista de la infiltración comunista en Hollywood y en la Administración federal estadounidense). La nación ha sido traicionada desde arriba. Los villanos ya no son unos oscuros masones escondidos en su logia; no, ahora son altos funcionarios con nombre y apellido, y también periodistas bien situados, porque ahora los medios de comunicación figuran en el reducido club de quienes mueven los hilos, y esto constituye una novedad a tener en cuenta (la centralidad adquirida por el sistema mediático en estas versiones se ve favorecida por las teorías sobre la comunicación de masas más apocalípticas, que lo pintan como el todopoderoso demiurgo de la opinión pública).

Cabe reconocer a esas teorías cierta base real: el poder de los jesuitas no era desdeñable durante la Contrarreforma; los masones actuaron en las revoluciones europeas y americanas; y los judíos adquirieron a fines del siglo XIX un notable peso en las finanzas y las profesiones liberales. No hay por qué negar que las conspiraciones existen. Muchos golpes de Estado son conspiraciones exitosas. Watergate fue una conspiración fallida. Y si las mentiras del gobierno francés sobre el caso Dreyfuss no se impusieron, se lo debemos al épico combate librado por Emilio Zola. Pero otra cosa muy distinta es asignarles un poder omnímodo. La ITT y la CIA intrigaron para derrocar al gobierno de Salvador Allende, ciertamente, pero poco hubieran podido lograr sin la voluntad golpista, pública y manifiesta de las clases altas chilenas.

Interesa señalar que dichas teorías constituyen un calco en negativo del culto al hombre providencial: el conspirador controla los engranajes de la historia, que deviene arcilla en sus manos. Su híper-determinista visión del mundo ignora la ley de las consecuencias no deseadas de la acción, que muestra más bien cómo la historia humana en buena parte es el producto de una maraña de conspiraciones que se anularon entre sí, provocando desenlaces inesperados, desenlaces que poseen esa cualidad novedosa que constituye el elemento único, dinamizador e insustituible del proceso social<sup>2</sup>.

Apuntaba Elías Canetti que la paranoia es una enfermedad del poder; y es cierto que en las altas esferas abunda la afición a los complots (ahí tenemos los increíbles contubernios nazi-trostkystas denunciados en los Procesos de Moscú). Pero las teorías conspirativas recientes se incuban en grupos políticamente marginados: la derecha estadounidense desplazada por la reforma estatal del New Deal y la izquierda que achaca sus fracasos a la mano negra de la CIA o de la Comisión Trilateral.

---

<sup>2</sup> Por eso, cuando Popper oye en la teoría conspirativa un eco de la creencia en las maquinaciones de los dioses, habría que matizar que ni siquiera los dioses homéricos imponían su voluntad fácilmente, como lo revelan las pugnas entre las facciones del Olimpo que acababan frustrando sus respectivos planes,

Curiosamente, ambas concepciones comparten una noción del secreto que patentiza un profundo desconocimiento de las sociedades democráticas y de sus burocracias, trajinadas por demasiados actores dotados de agendas demasiado diferentes entre sí<sup>3</sup>.

### **La narración conspirativa**

En cuanto a los aspectos narrativos de las teorías conspirativas, destacaré su obsesión por el secreto: la conspiración necesita del secreto para existir; una conspiración pública es un oxímoron. Y en este punto se muestra un fiel exponente de una cultura que busca obsesivamente el código mítico que le garantice el secreto absoluto mientras se envuelve en una extraordinaria proliferación de criptografías y sistemas de seguridad.

La obsesión se concretiza en el documento secreto (una muestra nos la proporciona la Encíclica apócrifa en la que León XIII llamaba a exterminar a los herejes, la presunta evidencia del complot católico denunciado por los protestantes). El creyente en la conspiración vive en una eterna búsqueda de pruebas fácticas que le condena a la acumulación infinita de evidencias (véanse las 313 notas al pie de página del documento entregado a los medios por el senador McCarthy).

Estos relatos presentan además una dimensión especular muy importante: la conspiración inspira su contra-conspiración, la sociedad secreta gestada para destruir la sociedad secreta, que acaba reproduciendo los rasgos y el funcionamiento del enemigo<sup>4</sup>. El conspirador deviene el equivalente antitético de lo deseado, la proyección negativa de aspiraciones tácitas, y el enorme poder que se le atribuye es el que se desearía poseer.

Un personaje esencial en sus tramas es el renegado. La figura del desertor de la conspiración tiene una función clave, porque se convierte en una esperanza de victoria.

En las versiones modernas, el grupo de conjurados cede su lugar a una presencia difusa, pero no por eso menos ominosa: la red (Al Qaeda, por ejemplo).

---

<sup>3</sup> De investigar esa sorprendente coincidencia, quizás descubriríamos en el fondo una creencia elitista en el poder omnímodo de los *aparatos*. En la mitología de la conspiración política, apunta Girardet, se adivina el anhelo secreto de un Orden, palpable en el culto a la Organización jerarquizada, ritualizada, opuesta a la sociedad atomizada y al individuo solitario y desguarnecido, un Orden en el sentido más religioso del término, un instrumento necesario para el logro de una gran empresa trascendente (el socialismo o una restauración reaccionaria, según los casos)

<sup>4</sup> Este mecanismo proyectivo de lo deseado y lo temido les llevaba a cargar las tintas sobre el conspirador. Por eso el discurso sobre la “conspiración católica” abundaba en relatos de conventos degenerados y sacerdotes libertinos, configurando así una vergonzante pornografía para puritanos.

Presa de una manía causalista, el relato conspirativo supera en coherencia al mundo real, plagado de cabos sueltos y lagunas de conocimiento. Esa cualidad le hace narrativamente tan atractivo como un relato de misterio, a la vez que ofrece una solución sencilla a problemas sociopolíticos extremadamente complejos.

Por último, el relato ha sido concebido a prueba de eventuales refutaciones, permitiendo el añadido de infinitos eslabones a las cadenas de la maquinación. Si finalmente se abren los archivos clasificados y no se confirman las acusaciones, se aducirá entonces que alguien ha destruido las pruebas (así se han expresado quienes defienden la existencia de una conspiración oficial dirigida a ocultar a la ciudadanía la existencia de los Ovnis, Francescutti, 2004). Esta continua fuga hacia delante, al insistir en que todas las instituciones mienten, por un lado, alimenta un escepticismo radical; por el otro, desnuda la naturaleza dinámica del secreto: al revelarse unos secretos, vienen otros a ocupar su lugar: la revelación no lo destruye; sólo lo desplaza.

### **Los medios ante la conspiración**

El episodio del macartismo, con su constante apelación a la televisión en busca de notoriedad, nos enseñó que la teoría conspirativa ya no puede existir sin el apoyo de los medios de comunicación. Y la muerte de Lady Di nos confirma que los medios tampoco pueden pasarse sin las teorías de la conspiración. Aquí radica la auténtica novedad: en la incorporación a la agenda mediática de tales discursos paranoicos.

¿Por qué se hacen eco los medios de estas versiones, cuando no contribuyen conscientemente a su propagación?

En parte, podemos atribuirlo a puro pragmatismo. Como nos recuerda Umberto Eco, la fuerza del que dice poseer un secreto no radica en ocultar algo, sino en hacer creer que hay un secreto. Los medios, proclamándose en posesión de secretos vitales, magnifican su importancia de cara a la clase política, a los anunciantes y al público. En última instancia, esas teorías son funcionales a sus fines tradicionales: fortalecer su imagen como Cuarto Poder y vender más ejemplares. El caso de las versiones sobre el 11-M lo ilustra perfectamente: detrás del griterío y las acusaciones se despliega una lucha interna en el campo del periodismo conservador por arrebatar lectores<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> La lucha enfrentaba a **El Mundo** y la **COPE**, seguidos por **La Razón**, con el periódico monárquico **ABC**, el tradicional órgano de la derecha española más conservadora. La pugna le supuso a **ABC**, que se alineaba con la “verdad judicial” sobre la autoría de terroristas islámicos, la pérdida de varias decenas de miles de lectores que se pasaron a **El Mundo** y, en menor medida, a **La Razón**.

Por otra parte, podemos imputárselo a su cultura profesional. El periodismo de investigación se guía por la convicción de que siempre, a toda hora, alguien está conspirando contra el bien público. Los periodistas, abocados a identificar actores humanos responsables, se sienten irresistiblemente atraídos por los complots, al igual que los jueces, los abogados, los detectives y los escritores de novelas policiales. En su oficio, el secreto equivale al Santo Grial; la información secreta es la más valiosa. Anima su ethos profesional una voluntad de develación. Como los partidarios de las teorías conspiratorias, a ellos también les interesa desenmascarar a los conjurados.

Sin negar el grano de verdad que hay en esas interpretaciones, vamos a proponer una que reenvía al papel de los periodistas como historiadores del presente. Recordemos que, durante largo tiempo, el presente social fue el punto ciego de la observación histórica. Esta restricción creó una laguna en los discursos relativos a la realidad, que los medios de comunicación vienen subsanando al escribir el “primer borrador de la Historia”. El sistema mediático practica una primera selección de los hechos dignos de ser juzgados «históricos», transformándolos en «acontecimientos», hechos únicos, irrepetibles, imprevisibles; mientras los historiadores buscan la normalización del imprevisto integrándolo en un relato con explicaciones que le hagan "previsible".

Inspirándome en una categoría ensayada por Lotman (1999), diría que los periodistas trabajan con la "explosión"; los historiadores, con la causalidad y los procesos graduales. Del lado del primero, el acontecimiento se presenta como la memoria de una explosión fugazmente vivida; del lado del segundo, con la fisonomía de una inevitable predestinación, pues su mirada retrospectiva observa al pasado desde el conocimiento de los resultados, y ante ella la casualidad desaparece.

Pero el periodista ya no se atiene a ese reparto de tareas; trascendiendo el marco descriptivo de la crónica adhiere “sus interpretaciones” a los acontecimientos. El acontecimiento es un ente aislado e innominado, una discontinuidad entre pasado y futuro que todavía no ha sido fijada a una significación y debe introducirse en un relato. Darle un sentido (un contenido y una dirección) en un continuun narrativo es el reto del reportero, que para ello se vale de los principios de causalidad de la física mecanicista, recibidos a través de las ciencias históricas y pasados por la extrema simplificación del mensaje mediático, con lo cual acaban presentando un determinismo exagerado.

Las teorías de la conspiración le ofrecen al profesional de la comunicación una fórmula de probado éxito para insuflar sentido al torbellino de hechos fugaces que constituye la actualidad informativa. Le han resultado de gran utilidad para armar

explicaciones causales a toda prisa, cuando los esquemas interpretativos habituales se hundieren ante la irrupción del acontecimiento explosivo. Sus destinatarios son los últimos creyentes en un cosmos ordenado, individuos aferrados a una visión rigurosamente causalista e impregnada de confianza en el control de los acontecimientos. A ellos se les ofrece el consuelo de una hiper-racionalidad que niega los hechos gratuitos y otorga sentido al absurdo del accidente; la creencia en un orden universal en el que nada queda afuera y todo se vincula inexorablemente por relaciones de causa/efecto.

A tales explicaciones les anima el deseo de erradicar el azar, tan temido por sus enunciadores originales como por los periodistas, que no saben cómo manejar los fenómenos caóticos. Y eso nos conecta con la estructura del suceso, centrada en causalidades y fatalidades inteligentes, y en cuyo seno se asoma más o menos tímidamente la idea de Destino (Barthes). Una conexión sugerente, toda vez que el suceso es el patrón del cual se ha derivado la noción de “acontecimiento periodístico”.

En nuestros días proliferan los paradigmas caóticos, las mutaciones, las rupturas; además, la teoría de la sociedad del riesgo ha levantado acta de la quiebra de la causalidad lineal, de la imposibilidad de anudar todas las causas a todos sus efectos, y del retorno brutal de la incertidumbre en los paradigmas científicos. En ese marco las teorías conspirativas como las que circulan en torno a los atentados de Madrid devienen un artefacto discursivo especializado en convertir “sucesos” en “acontecimientos históricos”, capaz de eliminar la ambigüedad congénita del suceso entre lo racional y de lo irracional, lo inteligible y lo insondable, de modo de facilitar el cierre narrativo de lo que de otra manera sería un proceso abierto, sin comienzos ni límites visibles.

Agreguemos que tales versiones presentan la virtud adicional de ajustarse a los esquemas del periodismo liberal, proclive a analizar los eventos casi únicamente a través del prisma de los agentes individuales, en desmedro de los procesos y factores institucionales. El énfasis en “el conspirador” satisface la exigencia de personalización – sobre todo de los culpables de los acontecimientos negativos- requerida por el canon periodístico, garantizando de tal manera el dramatismo de la historia del presente.

Digamos por último que el fenómeno trasciende el entorno periodístico. Frederic Jameson ha señalado el auge de las narrativas de la conspiración en el cine y la literatura estadounidense a partir de los años '60, y Gilles Deleuze observó algo parecido en la *Nouvelle Vague* francesa (1984). Para Jameson (1995), la conspiración funciona en la cultura postmoderna como la alegoría de una totalidad evanescente. El mundo, la globalización, se ha vuelto una suma de compartimentos muy complejos y débilmente

articulados, el origen de una crisis de representación que dicha alegoría intenta remediar. Mas el intento, concluye el propio Jameson, se muestra claramente insuficiente, y la conspiración se revela entonces como “el mapa cognitivo del pobre en una era postmoderna; una figura degradada de la lógica total del capitalismo tardío, un desesperado intento de representar el sistema de este último”, un veredicto que juzgamos perfectamente aplicable a las teorías conspirativas del discurso informativo.

### **Bibliografía:**

- Aróstegui, J. (2004) **La historia del presente**, Madrid, Alianza Universidad.
- Barkun, M. (2003). **A Culture of Conspiracy: Apocalyptic Visions in Contemporary America**. Berkeley, University of California Press.
- Beck, U. (1998) **La sociedad del riesgo**, Barcelona, Paidós.
- Barthes, R. (1983) **Ensayos críticos**, Barcelona, Seix Barral.
- Deleuze, G. (1984) **La imagen movimiento**, Buenos Aires, Paidós.
- Francescutti, P. (2004) **La pantalla profética**, Madrid, Cátedra.
- (2007) *El rostro oscuro de la comunicación. Entrevista a Paolo Fabbri*, **Punto de Vista**, nº 86, pp 31-36.
- Girardet, R. (1986) **Mythes et mythologies politiques**, París, Seuil,
- Jameson, F. (1995) **La estética geopolítica**, Barcelona, Paidós.
- Hofstadter, R. (1965) **The Paranoid Style in American Politics and Other Essays**. New York: Alfred A. Knopf.
- Lozano, J. (1984) **El discurso histórico**, Madrid, Alianza Ed.
- (2003) *Semiotique de l'événement et l'explosion*, en Dossier de l'audiovisuel, nº 104, París.
- Lotman, I. (1999) **Cultura y explosión**, Barcelona, Gedisa.
- Paniagua, J. M. (2004) *Los límites de la construcción mediática del presente*, comunicación presentada al VII Congreso de la Asociación de Historiadores de la Comunicación, Barcelona.
- Ramsay, R. (2001) **Conspiracy Theories**, Manchester, Pocket Essentials.
- Sirinelli, J. F. (1993) **Écrire l'histoire du temps présent**, París, CNRS.
- Soulet, J-F. (1994) **L'histoire immédiate**, París, PUF
- Trebitsch, M. (1998) *El acontecimiento, clave para el análisis del tiempo presente*, **Cuadernos de Historia Contemporánea**, nº 20, pp. 29-40.

